

Pentecostés y esa otra manera de hacer sociedad.

Reflexionando la festividad pentecostal en tiempos adversos.



Durante las festividades de Pentecostés, Jerusalén estaba colmada de judíos y prosélitos (gentiles que habían adoptado la adoración judía y se habían sometido a los ritos judíos). Para el pueblo judío, Pentecostés (en hebreo, *Shavuot*) es una celebración que tiene lugar cincuenta días después de la Pascua (*Pesaj*), que recordaba la salida de Egipto del pueblo de Israel. Pentecostés recuerda el momento en que Dios entregó los diez Mandamientos a Moisés. En el año agrícola, Pentecostés era la segunda fiesta del calendario, la fiesta de la cosecha. Por ello tantos judíos venían a celebrar.

En el contexto de la joven iglesia del libro de los Hechos, se resignifica aquella experiencia de la celebración original. La narrativa se presenta así:

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos, y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. (Hch.2:1-4 RV60).

En tan sólo cuatro versículos podemos notar la fuerza comunitaria de la acción del Espíritu, note las expresiones: Todos unánimes, toda la casa, cada uno, todos llenos. Esto habla de la voluntad divina de que se cumpla la promesa del Espíritu de manera personal y colectiva. El evento sugiere otra manera de hacer sociedad.

El ruido que produjo la venida del Espíritu atrajo a las multitudes. No se puede decir con precisión si el milagro ocurrió en el hablar o en el oír, pero los discípulos y discípulas resultaron relatando los eventos de la resurrección de Jesús. Los peregrinos de Pentecostés, procedentes de diversas zonas del Imperio Romano, entendieron el mensaje en su propio idioma. Luego serían los voceros de un nuevo tiempo para las diferentes provincias romanas. Lo más grande de Pentecostés apenas estaba iniciando.

La experiencia comunitaria de Pentecostés inauguró la vida de la iglesia de Jesucristo sobre la tierra tal cual la conocemos hoy día. Un germen social contrastante e interpelante de los modelos sociales de la Palestina del primer siglo. Éste no se originó en el templo o en un palacio, pero en un aposento, un lugar de encuentro de gente del pueblo. Allí, hombres, mujeres, y probablemente niños y niñas, son empoderados y dirigidos hacia otra manera de hacer sociedad. Una donde quepan todas las personas, donde recuperen la voz, donde encuentren cobijo, donde sean dignificados y dignificadas, donde la solidaridad y el compromiso con el reino y su justicia fueran la consigna.

Esta otra manera de hacer sociedad, impulsada por el Espíritu de Dios, sería objeto de rechazo y represión por parte de los poderes religiosos y políticos que defendían “el orden social establecido.” Es que la fuerza del movimiento de los discípulos y discípulas amenazaba los intereses del imperio. El libro de los Hechos abunda en relatos que evidencian esa tensión.

Que aquella modesta comunidad fuera “llena el Espíritu Santo”, entre otras cosas, implica que asumieron el mismo Espíritu que movió a Jesús en su vida y ministerio (Lc.4:16ss). La comunidad daría seguimiento a ese anuncio de las buenas noticias, pero también la búsqueda de la instauración del reino de Dios y su justicia para todas las personas. Esa fue la consigna del Maestro en contra de los poderes de este mundo.

Este no es el espíritu del cristianismo, ni es el espíritu de una doctrina o de una denominación, es la *ruah*, es el Espíritu de vida que se abre paso frente a toda injusticia en lo personal, familiar, social, político y religioso. Es Espíritu que salva y restaura del caos y el imperio inhumano. Mueve y se mueve, para gestar libertad, justicia, paz y gozo (Ro. 14:17) en una nueva manera de hacer sociedad, la del reino de Dios.

Frente a las adversidades del tiempo presente, Pentecostés nos recuerda la importancia de ser llenos del Espíritu Santo. Esto es, inspirados en Jesús, asumir el poder para levantar otra manera de hacer sociedad, con acciones que devuelvan vida a quienes les fue arrebatada. Pero Pentecostés también confronta a dejar ese cristianismo de comodidades y palabrerío piadoso, para retomar aquella manera de discipulado que construye una nueva sociedad. Por ello, ante los tiempos adversos, es urgente gemir diciendo “ven Espíritu de Dios.”

Arnoldo Aguilar
Coordinación Programa FBT